



# TERTULIA

En casa: sábado, con Rafael Sánchez Mazas, y domingo, con Torrente Ballester, Do ores Medio y Marino Gómez Santos

Apenas dejado, al menos en su aspecto de actualidad única y rigurosa, echo de menos el "Diario Intimo". Era, quizá, ahora me doy cuenta, un medio de comunicación, con todos sus posibles inconvenientes de monotonía, más expresivo, más rico que "Tertulia". En semanas como esta última se ve claro: aparte de otros muchos más personajes, una mañana con José Félix de Lequerica, nuestro embajador en Estados Unidos; una tarde con Rafael Sánchez Maza; una noche y un mediodía con Josephine Baker y a justificarian suficientemente la superioridad de posibilidades del "Diario" sobre esta "Tertulia", condicionada en principio a resaltar con unidad de tema un solo perfil de la semana.

Así como la entrevista con Josephine Baker no es tertulia, la visita de Rafael Sánchez Mazas, tampoco. Estuvo Rafael en casa solo, y en una tarde en la que no vino nadie más. ¡Pero qué cantidad de personajes hay en Sánchez Mazas. Dios mío! En su millonaria personalidad humana destacan por lo menos ocho: el caballero a la sombra de los grandes destinos tradicionales, el escritor, el político, el nostálgico, el humorista, el testigo—porque ningún notario mejor hay de su tiempo—, el hombre social, el dandy desencantado... ¡Qué sé yo!

Una de las mejores delicias que Dios puede regalar al hombre es pasar tres horas seguidas con esta criatura plural, bondadosa y a la vez casi malévol, cansada, incansable, igual a sí misma y siempre distinta, incalculable, en suma. Por larga que sea nuestra amistad y mi afición por él, encontrar en la vida de la semana a Rafael es siempre entrar en el invento de un día de fiesta. Pocos hombres como él tienen tan resuelta, quizá sin darse el mismo cuenta, una correspondencia tan expresiva de lo físico y lo moral: su procesión va por dentro, como por fuera. Es afilado, nervioso, preciso de cara y cuerpo, de ingenio y genio. Este gran entendido en relojes nunca usó reloj. Lleva el alma suelta, como sus famosos abrigos, que no se abrochan. Pocas personas como él andan tan derechos, tan de perfil, por un bosque tan nutrido de eso que para entendernos hemos dado en llamar vida interior. Como aquella ardilla que citaba, no recuerdo qué viajero francés en la España del XVIII,

aquella ardilla que podía ir de árbol en árbol desde los Pirineos hasta Cádiz, Rafael puede ir desde su lejana adolescencia vasca al más reciente día de su madurez dorada, empezando también por el Pirineo, sin apoyarse en otros árboles que los de su propio paisaje, para aludir continuamente al mundo antiguo y al moderno y haciendo de su ría bilbaína, de los canales de Venecia, del Sena y del Tajo, un solo río del Devenir de aguas graves y burloanas que pasan por los cristales irónicos de sus gafas.

Pero, en fin, lo de Rafael, en plena justicia, no se puede llamar tertulia, aunque estuvieran con nosotros, resucitados y sentaditos junto a la chimenea, tantos muertos, unos ilustres y otros pintorescos, a los que Rafael había telefonado a sus tumbas, y la tertulia de la semana no fué el sábado, sino ayer, domingo, también en casa, en el mismo escenario que la anterior.

Ayer, domingo, un domingo gris, en el que guardaba aun el reciente perfume de Josephine Baker, vinieron a visitarme Gonzalo Torrente Ballester, Dolores Medio y Marino Gómez Santos. Gonzalo y Dolores vienen por primera vez a casa. Torrente Ballester, tertuliano del Gijón, Dolores, sin tertulia, de Oviedo. Entra Dolores Medio, aquella ganadora penúltima del Nadal, tan discutida, tan traída y llevada, con sus gafas de cristales, son negros, intranquiliza esta escritora, que no se sabe, al hablarlos, si nos mira o no.

—¿De qué color tiene usted los ojos, Dolores?

Ella se encoge de hombros. Explica que como sin gafas ve mal a los demás, le parece que los demás también la verán mal a ella... En cuanto al color de los ojos le han sucedido siempre en este capitulo a Dolores cosas un tanto peregrinas. En una intervü, porque a Dolores

le han hecho intervü antes de que ella tuviera que hacerlas, le preguntaron de qué color tenía los ojos su primer novio. Ella no pudo acordarse.

—¿Qué es lo que ven ustedes las mujeres en un hombre?—pregunta Torrente.

Después de muchos intentos para explicar la cosa, ésta no logra ponerse en claro. Un hombre, para Dolores, es su inteligencia, su bondad, su voz, su ambiente...

—Total—dice Torrente—: que al cabo de los años se entera uno de que nos hemos estado siempre poniendo la corbata para los amigos.

Marino nos pregunta sobre Valle-Inclán. Tanto Gonzalo como yo le conocimos bastante. De Valle-Inclán se pasa, naturalmente, en la conversación a Galicia. Torrente explica su Galicia, dándole vueltas entre las piernas al bastón, porque Torrente Ballester entra en las casas con su bastón de fina Malaca. Como también lleva unas gafas oscuras, tiene este hombre de gran vista, este crítico con gran ojo clínico, algo de falso ciego, de pianista de barco, mezclado con cierto dandysmo, ese dandysmo gallego que no se sabe exactamente en lo que consiste, pero que existe. El gallego tiene muy marcada una división fundamental: señores y los otros. Torrente tiene cuarenta y tres años.

—¿Qué generación es ésa? ¿Cómo se encasilla usted?

—No sé; en todo caso, no soy de después de la guerra, sino de antes de la guerra.

A la juventud de Dolores y a la de Marino le dedicamos atusiones del clima del mundo cuando ellos o no habían nacido todavía o estaban jugando al aro.

—Yo he veraneado aún en Ostende. ¿No suena esto a algo proustiano?

—Yo—dice Torrente—he veraneado en la Edad Media.

Dolores Medio nos habla de su premio del año pasado.

—Con todo, si llego siquiera a sospechar lo que tenía que decirse, todo lo que se me había de exigir, no hubiera ido nunca a ese premio.

—¿Qué escribe usted ahora?

—Otra novela. El protagonista es un hombre, para que no me vengan con eso de que las mujeres únicamente sabemos hacer autobiografías.

—¿Caramba; las mujeres y muy buenos hombres, señorita!

—¡Si viera usted que pesado ha sido mi papel! Tuve que alquilar otra habitación para que no se dijera más aquello de que los que venían a verme se tenían que sentar en la cama.

Torrente ha terminado una novela corta para "La Novela del Sábado". Marino está de lleno metido con su Larra. Vuelta en la conversación sobre Galicia. Torrente nos da noticia de un cura gallego amigo suyo encargado de catar, en determina fecha, todos los caldos que hacían en ciento y pico parroquias para determinar cuál era el mejor caldo del año en la provincia.

—Pero en Galicia, salvo los mariscos, es casi todo cocido, ¿no?

—Sí; casi todo.

—¿En qué puede consistir una comida gallega de clase media?

—Hombre... Caldo, cocido y un par de platos de carne.

Dolores, que come y cena siempre fuera de su casa, pone una cara de cierta sorpresa. Hablamos de la cocina del Norte de España.

—El mundo español nórdico empieza, en lo gastronómico, pongamos por Cataluña. Sigue el País Vasco, Asturias y Galicia. Este mundo gastronómico se interrumpe en Santander, donde no hay cocina, porque allí Castilla asoma su cabeza al mar.

La tertulia ha durado poco. A las ocho se fueron. Esperáramos a Castillo-Puche, pero no vino.

"PUEBLO"  
28 - Enero 1954